



JOHN STEINBECK

Dulce jueves

Ha terminado la guerra y Cannery Row, el arrabal conservero de Monterrey, va recuperando su pulso cotidiano. Mack y los muchachos retoman el hilo de sus borracheras allí donde lo dejaron, el burdel Bandera del Oso contrata chicas nuevas y Doc reabre su viejo Laboratorio de Biología. Pero algo ha cambiado para Doc. El hombre al que todos recurren cuando tienen problemas ha perdido la ilusión por la vida y nada parece devolvérsela: ni las mujeres, ni su música, ni el empeño en terminar una monografía sobre el comportamiento de los pulpos en situaciones de estrés. Hasta que Mack y los muchachos deciden tomar cartas en el asunto: hay que buscarle una esposa a Doc. Naturalmente, sus planes acabarán torciéndose y tendrá que ser el ingenuo y adormilado Hazel, mascota del grupo, quien ayude a verificarse un Destino que los astros y las constelaciones ya han trazado.

Emocionante y divertida, *Dulce jueves* continúa la saga iniciada en *Los arrabales de Cannery*.

Prólogo

Una noche, Mack se recostó en su lecho del Palace Flophouse y dijo:

—Nunca he estado satisfecho con ese libro, *Cannery Row*. Me gustaría que fuese diferente.

Y transcurridos unos instantes dio una vuelta, apoyó su cabeza en la mano y dijo:

—Creo que soy un crítico muy mediano. Pero si me encuentro alguna vez con el tipo que escribió ese libro, le diré unas cuantas cosas.

—¿Qué le dirás? —preguntó Whitey núm. 1.

—Bien —dijo Mack—. Poco más o menos esto. Supongamos que hay el capítulo primero, el capítulo segundo, el capítulo tercero. Hasta aquí todo está bien, pero me gustaría que hubiese unas palabras al principio del capítulo, para que supiese poco más o menos de qué trata. A veces deseo volver atrás, pero eso del capítulo quinto a secas no me dice nada. Si hubiese ahí unas palabrejas, yo sabría que ése era el capítulo al que deseaba volver.

—Prosigue —dijo Whitey núm. 1.

—Verás, me gusta que haya mucha conversación en un libro, y no me gusta que me digan cómo es el tipo que está hablando. Prefiero imaginarme cómo es por el modo que habla. Y otra cosa... me gusta imaginarme lo que pienso a juzgar por lo que dicen. Me gusta también un poquito de descripción —siguió diciendo—. Me agrada saber de qué color es una cosa, cómo huele y, si es posible, qué aspecto tiene, y también lo que sienten los demás ante ello... pero de eso no mucho.

—Eres un crítico, ciertamente —dijo Whitey número 2—. Mack, nunca me lo hubiera imaginado. ¿Eso es todo?

—No —dijo Mack—. A veces deseo que un libro dé suelta a un puñado de chucherías. Ya que el tipo lo ha escrito, démosle la oportunidad de hacer un poco de florituras. Unas cuantas palabritas bien aliñadas o una cancioncita como debe ser. Eso me parece muy bien. Pero prefiero que lo dejen de lado, para que así yo no tenga que leerlo. No me gustan demasiadas fruslerías mezcladas con el argumento. De modo que si el tipo que escribe el libro las desea, debería decirlo lisa y llanamente al principio. En ese caso puedo omitirlo si lo deseo, o volver a ello una vez conozca el desenlace de la historia.

Eddie dijo:

—Mack, si el tipo que escribió *Cannery Row* apareciese, ¿irías a decirle todo eso?

Whitey núm. 2 dijo:

—Caramba, Mack es capaz de decir a cualquiera lo que le venga en gana. Os aseguro que Mack incluso diría a un fantasma cómo tiene que encantar una casa.

—Pues claro que sí —dijo Mack—, y no habría ni golpes a la mesa ni cadenas. Hace años que no se efectúan mejoras por lo que respecta a las casas encantadas. ¡Pues claro que lo haría, Whitey!

Y se recostó para quedarse con la vista fija en el dosel que había sobre su cama.

—Me parece que los veo —dijo Mack.

—¿A los fantasmas? —preguntó Eddie.

—No, hombre, no —repuso Mack—. A los capítulos...

I

LO QUE SUCEDIÓ ENTRETANTO

Cuando la guerra llegó a Monterey y a Cannery Row, todos lucharon más o menos, de una manera o de otra. Cuando cesaron las hostilidades todos tenían sus heridas.

Las propias fábricas de conservas hicieron la guerra adquiriendo sin límites el pescado y envasándolo íntegramente. Esto se hizo por motivos patrióticos, pero con ello no se consiguió reponer el pescado. Como pasó con las ostras en *Alicia*: «Se las han comido todas». Fue el mismo y noble impulso que dejó sin un solo árbol los bosques del Oeste y que en estos mismos momentos está sacando el agua por medio de bombas del subsuelo de California, en una cantidad mayor de la que pueden reponer las lluvias. Cuando llegue el desierto, las gentes se entristecerán; del mismo modo como se entristeció Cannery Row cuando se hubieron pescado todas las sardinas, puesto en conserva y comidas. Las fábricas de conservas gris perla de hojalata quedaron silenciosas, y el único signo de vida que había en ellas eran los paseos de un vigilante. La calle donde antes rugían los motores de los camiones, estaba ahora silenciosa y vacía.

Sí, la guerra alcanzó a todo el mundo. Doc fue movilizado. Dejó a un amigo conocido por el nombre de Viejo Jingleballicks al cargo de los Laboratorios de Biología Occidental, y sirvió como sargento técnico en una sección de V. D.

Doc se lo tomó con filosofía. Mató el tiempo, en sus horas libres, con cantidades ilimitadas de alcohol gubernamental.

mental, hizo muchos amigos y se resistió a ser ascendido. Cuando la guerra terminó, Doc fue retenido por un gobierno agradecido para resolver ciertos problemas relacionados con invenciones, una tarea para la que él era muy adecuado, puesto que había contribuido en gran escala a la limpieza. Doc fue licenciado con todos los honores dos años después de la victoria.

Volvió a los Laboratorios de Biología Occidental y forzó la puerta hinchada por la humedad. El viejo Jingleballicks no había estado allí desde hacía años. Todo estaba cubierto de polvo y moho. Había cacerolas y recipientes sucios en el fregadero. Los instrumentos estaban oxidados. Las jaulas para animales estaban completamente vacías.

Doc se sentó en su vieja silla y sintió que caía un gran peso sobre él. Maldijo al Viejo Jingleballicks, saboreando sus silenciosas palabras cargadas de ponzoña, y entonces se levantó automáticamente y atravesó la calle silenciosa para ir a tomar una cerveza a la droguería de Lee Chong. Un hombre bien vestido, con aspecto mejicano, estaba tras el mostrador, y sólo entonces se acordó Doc de que Lee Chong se había ido.

—Cerveza —dijo Doc—. Dos cuartillos.

—Voy volando —dijo el patrón.

—¿Está Mack por ahí?

—Creo que sí.

—Dígale que quiero verle.

—¿Quién diré que desea verle?

—Dígale que ha vuelto Doc.

—Okay, Doc —dijo el patrón—. ¿Le va bien esta clase de cerveza?

—Cualquier clase de cerveza me parece bien —dijo Doc.

Doc y Mack se sentaron juntos a última hora en el laboratorio. La cerveza perdió su filo y su lugar fue ocupado por un cuartillo de «Old Tennis Shoes», mientras Mack contaba todo la que había sucedido en aquellos años perdidos.

Todo era diferente. Las gentes se habían ido o habían cambiado, y eso casi era como si también se hubiesen ido. Fueron mencionados tristemente algunos nombres, incluso nombres de personas vivas. Gay había muerto, alcanzado por un pedazo de metralla antiaérea caída en Londres. No podía dejar de mirar al cielo durante un bombardeo. Su esposa se volvió a casar con toda facilidad gracias a su seguro de vida, pero en el Palace Flophouse conservaban la cama de Gay tal como había estado en vida de éste... un pequeño santuario a la memoria de Gay. No se permitía a nadie sentarse en esa cama.

Y Mack contó a Doc cómo Whitey núm. 1 tomó un empleo en una fábrica de material de guerra de Oakland y se rompió la pierna al segundo día, pasando tres meses rodeado de lujo. En su blanco lecho de hospital aprendió a tocar la armónica, una habilidad que conservó durante todo el resto de su vida.

Después venía el nuevo Whitey, Whitey núm. 2, del que Mack estaba muy orgulloso, porque ingresó en los primeros marines y marchó como sustituto. Alguien, pero no Whitey núm. 2, dijo que había ganado una Estrella de Bronce, pero si era verdad, la había perdido, y por lo tanto no quedaba prueba alguna. Pero él nunca perdonó al cuerpo de los marines por haberle arrebatado su botín... Un recipiente de un cuartillo lleno de orejas conservadas en coñac. Había deseado colocar aquel frasco sobre el estante que tenía encima de su cama, como recuerdo a sus servicios Prestados a la patria.

Eddie conservó su empleo con Wide Ida en el «Café la Ida». El médico encargado de la revisión, cuando vio su hoja y se dio cuenta de lo que andaba mal en Eddie, llegó a la conclusión de que Eddie hacía doce años que estaba

teóricamente muerto. Pero Eddie fue tirando como si tal cosa, y cuando la movilización se llevó a casi todo el mundo, él casi se convirtió en el empleado permanente en el bar de Wide Ida. Por motivos sentimentales vació el contenido de la jarra del vino en una serie de barriletes, y cuando cada uno de éstos estuvo lleno, lo tapó y lo enterró. En la actualidad el «Palace» es el chamizo más bien dotado del condado de Monterey.

Aproximadamente hacia la mitad del primer cuartillo de «Old Tennis Shoes», Mack contó cómo Dora Froot había muerto mientras dormía, dejando la Bear Flag sumida en la mayor aflicción. Sus hijas estaban inconsolables. Cogieron una borrachera femenina que duró tres días, clavando en la puerta un letrero que decía: «Cerrado por defunción de la dueña», pero a través de las paredes se las podía oír homenajando a Dora en un concierto a tres voces... «Roca de las Edades», «Dormida en lo Profundo» y «La enfermería de San Jaime». Aquellas jóvenes sollozaban realmente... sollozaban como coyotes.

La Bear Flag pasó a manos de la pariente más próxima de Dora, una hermana mayor que vino de San Francisco, donde llevaba algunos años al frente de una Misión Nocturna en Howard Street, de la que obtenía ingresos muy saneados. Había sido un socio silencioso en el negocio, dictando sus prácticas y política únicas. Por ejemplo, Dora había deseado llamar a su establecimiento la Estrella Solitaria, porque una vez, en su juventud, pasó un maravilloso final de semana en Fort Worth. Pero su hermana insistió en que debía llamarse la Bear Flag, en honor de California. Decía que cuando se vivía en un Estado, había que honrar a aquel Estado. No encontró su nueva profesión muy diferente de la antigua, y pensó en ambas como en un servicio público. Leía horóscopos y continuó transformando, por lo menos después de las horas de trabajo, la Bear Flag en una especie de escuela superior para jovencitas. Se llamaba Flora,

pero una vez, en la Misión, un caballero haragán le dijo, al terminar la sopa:

—Flora, usted me parece más un tipo de fauna.

—Hombre, eso me gusta —dijo ella—. ¿Le importa que lo aproveche?

Y lo hizo. Desde entonces se llamó para siempre Fauna.

Todo esto era ya bastante triste, pero aún había algo más triste, que Mack omitía deliberadamente. No quería tener que hablar de ello. Y por lo tanto habló a Doc de Henri, el pintor. Mack se censuraba por lo que pasó con Henri. Henri había construido una embarcación, un barquito perfecto con un hermoso camarote. Pero lo construyó allá arriba en los bosques, porque el océano le daba miedo. Tenía su barquito colocado sobre bloques de cemento, y Henri era muy feliz allí. Una vez, cuando no había mucha cosa que hacer, Mack y los muchachos le gastaron una broma. Estaban aburridos. Bajaron a las rocas de la orilla del mar y recogieron un saco de percebes, que llevaron allá arriba para pegarlos en la quilla del barco de Henri con cemento rápido. Henri se quedó estupefacto, especialmente porque no podía contar a nadie lo sucedido. Doc le hubiera tranquilizado, pero Doc estaba en el Ejército. Henri rascó la quilla y la repintó, pero apenas estuvo seca la pintura, los muchachos volvieron a hacerlo, pegando también algunas algas. Se quedaron terriblemente avergonzados cuando vieron lo que pasó. Henri vendió su barquito y abandonó la población antes de veinticuatro horas. No podía apartar de sí la terrible y persistente idea de que el barco se iba al mar mientras él dormía.

Y Mack contó cómo Hazel había estado también en el Ejército, aunque no había nadie que se lo creyese. Hazel estuvo en el Ejército el tiempo suficiente para tener derecho al certificado G. I., y se matriculó en la Universidad de California para estudiar astrofísica, firmando con una señal en la solicitud. Tres meses más tarde, cuando la confusión disminuyó un tanto, las autoridades docentes lo descubrieron.

ron. El Departamento de Psicología quería conservarlo, pero eso era contrario a la ley.

Hazel se preguntó a veces a qué se debía que hubiese ido a estudiar. Tenía intención de preguntárselo a Doc, pero cuando éste volvió, ya no se acordaba de ello.

Doc sirvió lo último que quedaba del contenido de la primera botella de «Old Tennis Shoes», y dijo:

—Has hablado de todo lo que les ocurrió a los demás. Pero ¿qué te pasó a ti, Mack?

Mack respondió:

—Yo me quedé por ahí guardando las cosas en orden.

Sí, Mack había guardado las cosas en orden, y había hablado de la guerra con todos cuantos se encontraba. Llamaba a su guerra la Gran Guerra. Ésta fue la primera. Después de la guerra, las pruebas con la bomba atómica le interesaron de una manera propia de un Cuatro de Julio. La elevada recompensa que ofrecía el Gobierno por el descubrimiento de nuevos yacimientos de uranio, produjo una reacción en cadena en Mack, y se compró un contador Geiger de segunda mano.

En la parada de autobuses de Monterey el contador Geiger empezó a zumbar y Mack se puso en marcha con él... primero a San Francisco, y después a Marysville, Sacramento y Portland. Mack estaba tan dominado por el interés científico, que no observó a la muchacha que viajaba en el mismo autobús. Es decir, no reparó mucho en ella. Bien, una cosa llevó a la otra, lo que no era un caso único en la vida de Mack. La muchacha hacía el trayecto más largo, hasta Jacksonville, en Florida. Mack la hubiera dejado en Tacoma si el contador Geiger, con sus latidos, no le hubiese obligado a seguir hacia el Este. Llegó a Salinas, Kansas, en compañía de la muchacha. Hacía un día húmedo y bochornoso; la muchacha dio una manotada para matar una mosca que revoloteaba en el interior del autobús y rompió su reloj de pulsera. Sólo entonces descubrió Mack que había estado siguiendo una esfera fosforescente y radiactiva. A su

edad, el romance no atraía a Mack. Volvió a Monterey en un vagón descubierto, bajo una lona que cubría a un tanque de tamaño mediano destinado a Fort Ord. Mack se alegró mucho de volver a casa. Había ganado algunos dólares haciendo guardia en el vagón. Fregó y limpió el Palace Flophouse y plantó una hilera de glorias matutinas frente a la fachada, y él y Eddie lo dejaron dispuesto para recibir a los héroes que regresaban. Se divirtieron bastante cuando los héroes rezagados volvieron.

Una dorada melancolía cayó sobre Doc y Mack como hojas otoñales, una melancolía hecha a partes iguales de «Old Tennis Shoes» y antiguos tiempos, de amigos perdidos y amigos cambiados. Y ambos comprendieron que estaban evitando hablar de un tema determinado, contando anécdotas sin importancia para evitar lo que sí la tenía. Pero por último quedaron exhaustos, y el tema se alzó ante ellos.

—¿Qué opinas del nuevo propietario de la droguería?

—¡Oh, me parece bien! —repuso Mack—. Es muy interesante. La lástima es que jamás podrá ocupar el puesto de Lee Chong. Nunca hubo un amigo como Lee Chong —dijo Mack con voz quebrada.

—Sí, era bueno y juicioso —dijo Doc.

—Y marrullero —dijo Mack.

—Y muy listo —añadió Doc.

—Se preocupaba mucho por los demás —dijo Mack.

—Y especialmente de algunos —dijo Doc.

Escudriñaron a Lee Chong por los cuatro costados, y su evocación le atribuyó virtudes que le hubieran sorprendido, mezcladas con inteligencia y belleza. Mientras uno de ellos contaba una hermosa historia de aquel comerciante chino, el otro esperaba lleno de impaciencia a que la historia terminase, añadiéndole entonces su toque final. De sus recuerdos emergió un ser apenas humano, un dragón de bondad y un ángel de marrullería. Así se crean los dioses.

Pero la botella estaba ya vacía, y esto irritó a Mack, y esta irritación rezumó hacia el recuerdo de Lee Chong.

—De todos modos el muy cerdo era un perfecto bribón —dijo Mack—. Hubiera debido decirnos que tenía intención de vender la tienda y de irse. No demostró ser muy amigo nuestro, pues todos le hubiéramos ayudado de muy buen grado si nos lo hubiere dicho.

—Tal vez eso era lo que temía —observó Doc—. Lee me escribió acerca de ello. Yo no podía aconsejarle... me hallaba demasiado lejos... así es como se decidió.

—Nunca se puede saber lo que barruntan esos chinos —dijo Mack—. Doc, ¿quién podía pensar lo que él estaría... digamos... tramando?

¡Oh, fue algo muy sorprendente! Lee Chong llevaba tanto tiempo al frente de su dominio, que nadie hubiera podido prever que tenía intención de venderlo. Estaba tan ligado a la alimentación y el vestido de Cannery Row, que se le consideraba permanente. ¿Quién hubiera sospechado los secretos recovecos de su paradójica mente oriental, que parecía haber igualado la paradójica mente occidental?

Es costumbre imaginarse a un capitán de navío sentado en su camarote, planeando un futuro almacén o droguería no sujeto al capricho de los vientos ni de los peligrosos escollos. Lee Chong también soñaba mientras trabajaba en su mostrador y servía pintas de «Old Tennis Shoes» o cortaba delicadamente lonjas de jamón con su enorme cuchillo. Soñaba, efectivamente... soñaba con el mar. No comunicó a nadie sus planes ni pidió consejo. Y eran muchísimos los que se lo hubieran dado.

Un buen día, Lee Chong vendió la tienda y se compró una goleta. Tenía la intención de ir a comerciar a los Mares del Sur. Soñaba con palmeras y polinesias. Cargó en la bodega de su goleta todas las existencias de su tienda... todas las mercancías en conserva, las botas de caucho, las gorras, agujas y pequeñas herramientas, los fuegos de artificio y los calendarios, incluso las vitrinas de vidrio donde

guardaba gemelos dorados y plateados y encendedores. Todo se lo llevó consigo. Y pudieron verle por última vez agitando su gorra marina azul desde el cabeceante puente del barco de sus sueños, mientras pasaba ante la boya de sirena de Punta Pinos, para perderse en el crepúsculo. Y si no naufragó por el camino, probablemente ahora debe de estar recostado en una hamaca, bajo un toldo colocado en la cubierta de popa, mientras bellas muchachas polinésicas, someramente vestidas, se dedican a escoger entre su surtido de tomates en conserva y gorras de mecánico a rayas.

—¿Por qué supones que lo hizo? —preguntó Mack.

—¿Quién lo sabe? —repuso Doc—. ¿Quién sabe lo que se oculta en lo más profundo de la mente de los hombres? ¿Quién sabe lo que desean verdaderamente?

—No será feliz allí —dijo Mack—. Se sentirá solo entre tantos extranjeros. Tienes que saber, Doc, que yo ya me imaginé por qué lo hizo. Fueron esas malditas películas. Él solía cerrar todos los jueves por la noche, ¿recuerdas? Esto era debido a que en el cine cambiaban el programa. Nunca se perdía una película. ¡Éstas son las culpables, las películas! Y tú, Doc, sabes tan bien como yo lo mentirosas que son las películas. No será feliz, allí. Se sentirá tan desgraciado, que volverá.

Doc contempló su cochambroso laboratorio.

—Pues yo desearía estar allá con él —dijo.

—¿Quién no lo desearía? —dijo Mack—. Pero esas chicas de las islas de los Mares del Sur lo matarán.

—Lo sé —dijo Doc—. Tú y yo deberíamos estar allí, Mack, Para ayudarle a defenderse de sí mismo. Me pregunto, Mack: ¿cruzo la calle en busca de otra pinta de cerveza o me voy a la cama?

—¿Por qué no lo echas a cara o cruz?

—Echa tú la moneda —dijo Doc—. La verdad es que no deseo irme a la cama. Si echas tú la moneda, yo sabré lo que tengo que hacer.

Mack lanzó una moneda al aire, y tenía razón. Mack dijo:

—De buena gana iría en tu lugar, Doc. Tú ponte cómodo aquí... vuelvo en seguida.
Y volvió.

II

LA ATORMENTADA VIDA DE JOSÉ MARÍA

Mack volvió con una pinta de «Old Tennis Shoes» y vertió un poco en el vaso de Doc y un poco en el suyo.

Doc dijo:

—¿Qué clase de persona es el nuevo propietario... mejicano, no es cierto?

—Es buena persona —dijo Mack—. Viste muy bien. Se llama José María Rivas. Listo como una ardilla, pero bastante desdichado, Doc..., desdichado y divertido. Ya sabes lo que pasa cuando un chulo se enamora... poco importa lo que sufra... es algo divertido siempre. Y eso es lo que le ocurre a José María.

—Háblame de él —dijo Doc.

—Me dediqué a estudiarlo —dijo Mack—. Él me contó algunas cosas y yo eché mis cuentas. Es listo. Pero ya sabes, Doc, que muchos de éstos que se pasan de listos, caen en su propia trampa. ¿No has conocido a personas que estaban tan ocupadas siendo listas, que no tenían tiempo para nada más? Bien, eso es lo que le ocurre a José María.

—Cuéntame —dijo Doc.

—Creo que no se podrían encontrar dos personas más opuestas que tú y él —empezó Mac—. Tú eres buena persona, Doc, buena persona y testarudo, pero se necesitaría ser idiota para creer que eres listo. Todo el mundo te aprecia porque eres de carácter franco y abierto. Pero todos le escupirían de muy buen grado a José María debido al sim-